

Orientación profesional y coordinación

LA ORIENTACION PROFESIONAL EN EL BACHILLERATO

MIGUEL SIGUÁN

EL PROBLEMA GENERAL DE LA ORIENTACIÓN

No hace falta descubrir en qué consiste la orientación profesional. Como decía Goethe, no todos los caminos son buenos para todos los caminantes, y el éxito y, lo que es más importante, la satisfacción por la propia existencia y el rendimiento útil a la sociedad sólo puede lograrse por una ecuación adecuada entre las propias aptitudes y posibilidades y la profesión elegida. Pero cuando el joven toma esta decisión sobre su destino, de tan graves consecuencias para el futuro, tiene en realidad una información muy vaga sobre los caminos que se le abren y sobre sus propias fuerzas para recorrerlos. Más aún: su encaje profesional depende de unos factores económicos y sociales (por ejemplo: el número de profesionales de aquella especialidad que la sociedad necesita) que él no puede prever, pero cuyo influjo es decisivo (1).

(1) Imaginemos un Centro de formación profesional en una provincia que ingresase anualmente en sus talleres de electricidad a sesenta de sus alumnos con aptitud para ello —cosa no difícil, dada la afición que la electricidad despierta entre los jóvenes obreros—, mientras el Censo laboral de la misma población nos revelase que su industria sólo ofrece quince plazas vacantes de electricista por año. Diríamos que hay un grave error en la planificación de la escuela y en la orientación de los alumnos. Pero en la enseñanza superior todo sucede al buen tuntún y nadie parece preocupado por evitarlo.

En su trabajo sobre la orientación profesional en el Bachillerato, el licenciado MIGUEL SIGUÁN hace un estudio del problema en los diversos escalones de la vida estudiantil. Luego de presentar la cuestión en sus aspectos general y de orientación del objeto y del sujeto, hace análisis de la orientación al arranque del Bachillerato, al final del mismo con información sobre Centros de estudio, carreras y profesiones, y sobre la Universidad al comienzo de la licenciatura. El autor da normas asimismo para el conocimiento de los alumnos y para la formación del orientador.

Han sido, en realidad, estas consideraciones económicosociales y otras de tipo aún más utilitario —rendimiento de los trabajadores en la industria—, las que han presidido el desarrollo de la moderna orientación profesional superior. A pesar del genial precedente de Huar-te de San Juan es en el campo industrial donde ha alcanzado su máximo desenvolvimiento y eficiencia. Hoy la Psicotecnia suministra métodos para realizar selecciones eficientes para fines industriales, e incluso permite llevar a cabo —otra cosa es que se haga— una orientación satisfactoria en los Centros de formación laboral. Pero, en cambio, sería inútil buscar en un manual de Psicotecnia un método adecuado, contrastado por la práctica, para efectuar la orientación en un Centro de Enseñanza Media.

Y, sin embargo, el problema existe, y es urgente. Basta interrogar a los estudiantes, que empiezan su último curso de Bachillerato, sobre la dirección profesional que piensan dar a su vida para advertir su profunda desorientación. Y lo grave no es que estén desorientados, que, al fin y al cabo, es lo más natural, sino que se les ofrezcan tan pocos medios para orientarse. Las consecuencias de ello superan la órbita de un desgraciado caso personal para alcanzar trascendencia social. La masa de muchachos —y no digamos muchachas— que cada año empiezan el Bachillerato, sin saber exactamente por qué, y que luego no han de seguir una carrera universitaria, y el gran número de estudiantes bachilleres que se destrozan intentando, inútilmente, ingresar en una Escuela de Ingenieros, para acabar refugiándose en cualquier oposición de poca monta, son hoy ya problemas pedagógicos —casi tragedias— de ámbito nacional.

En las páginas que siguen he intentado, basándolo en unas breves consideraciones teóricas, esbozar la forma en que en nuestro país y en las circunstancias actuales puede un Centro de Segunda Enseñanza, o de quien dependen futuros universitarios, cumplir con su responsabilidad y su misión orientadora, mucho más trascendental que la de conseguir unos resultados brillantes en los exámenes.

LOS PROBLEMAS DE LA ORIENTACIÓN
DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL OBJETO

Todo intento científico de fundamentar una orientación profesional ha de tener en cuenta dos puntos de vista: el del sujeto y el del objeto; conocimiento del individuo, por un lado, y de la profesión, por otro.

Se llama, como es sabido, profesigramas a la descripción de una profesión, atendiendo a los procesos psico-físicos que pone en juego, las aptitudes de todas clases que requiere, etc. Unas décadas de interés creciente por la profesigrafía han acumulado ya considerables materiales en este campo. Si abrimos una obra clásica de Psicotecnia —como el *Lehrbuch der Psychotechnik*, de Moede— encontraremos una larga serie de análisis, asombrosamente detallados y con pretensiones de exhaustivos, de determinadas profesiones industriales. Tan detallados son que la duda nos asalta de si con esta dirección no se despedaza la personalidad profesional, confundiendo el análisis de las posibilidades de trabajo de un hombre con las de una máquina. Esto es, en realidad, lo que sucede, y para comprobarlo basta advertir que en el hombre las aptitudes complejas no se reducen al análisis de los elementales. De aquí arranca la reacción hacia la comprensión de la síntesis que advertimos hoy en la profesigrafía (2).

Esta observación es importante notarla aquí, porque es tanto más evidente cuando más elevado en el orden espiritual es el proceso o la profesión que se estudia. Un comportamiento puramente psíquico es mucho más reactivo que una reacción psicofísica a dejarse analizar en una suma de factores, y permite también mucho menos una medida exacta. No podemos imaginar un análisis del trabajo del juez al juzgar o del abogado al informar, comparable con una descripción analítica y exhaustiva del tipo que mencionábamos, por ejemplo, del trabajo con una taladradora.

La dificultad de confeccionar profesigramas de las profesiones superiores aumenta cuando se tiene en cuenta que cada una implica procesos de trabajo de índole muy variable, mientras la industria moderna tiende cada vez más a la especialización y la automatización de las funciones, y es justamente en este campo donde la moderna Psicotecnia de la selec-

(2) La reacción general de la psicología moderna, en sentido de la síntesis y no del análisis, una de cuyas manifestaciones típicas es la "gestaltpsychologie", se manifiesta incluso en la profesigrafía. Recordemos la experiencia rusa de obtener los profesigramas de un trabajo determinado a base de ejercer personalmente varios psicólogos aquel oficio durante unos meses; lo que significa, en definitiva, sustituir el registro analítico de unos aparatos por la comprensión sintética de unos hombres.

ción ha logrado sus éxitos más aparatosos (3).

Añadamos todavía que las profesiones superiores están delimitadas por unos títulos universitarios —médico, abogado...— que no se corresponden exactamente con unidades profesionales. Una misma carrera lleva a profesiones muy distintas, por tanto, implicando aficiones y aptitudes muy diversas, y, a la inversa, carreras muy definidas no encajan con rigor en ningún título. Pero esto nos llevaría a discutir las posibilidades de una reforma de la Enseñanza superior, discusión que no encaja en estas notas (4).

De lo dicho se desprende, y es lo que nos interesa destacar aquí, la dificultad de establecer profesigramas satisfactorios de las profesiones que nos ocupan. Ciertamente que un novelista o un profesional con espíritu observador y comprensivo pueden ofrecernos descripciones mejores que las que podríamos obtener por análisis psicométricos. Pero aquí se tratan de descripciones estandarizadas, fácilmente comparables y controlables y dispuestas para su utilización práctica en la orientación.

Digamos, sencillamente, que este trabajo está en gran parte por hacer en nuestro país. Esfuerzos apreciables se han llevado a cabo en el extranjero; pero sus resultados no son fácilmente asequibles para el público interesado, y, por otra parte, la especialización y la práctica de las profesiones superiores varían sensiblemente de un país a otro, lo que obliga a rehacer estos estudios, tanto más cuando los factores económicos y sociales, los planes de enseñanza, los índices de ocupabilidad, etc., pueden ser totalmente diversos y estos factores son capitales en la práctica de la orientación.

Hay aquí, por tanto, una buena labor, que espera a los psicólogos y a los orientadores españoles. El que deba ser realizada sin tardar no implica, sin embargo, que en la actualidad no pueda llevarse a cabo una orientación prác-

(3) Se comprende lo fácil, y desde luego útil, que resulta una selección para una profesión predominantemente psicofísica muy especializada, por ejemplo: operadores de centrales telefónicas, y el plano absolutamente distinto en que hay que situarse si lo que se quiere es decidir sobre la aptitud de un sujeto para la Medicina, mucho más si tenemos en cuenta que con el nombre de médico hemos de englobar tanto al psiquiatra como al cirujano.

(4) En el fondo, el esquema de las carreras universitarias, fruto de una tradición venerable, ha adquirido tal rigidez que no se adapta con facilidad a las necesidades modernas. Compárese, por ejemplo, la historia de la carrera de Farmacia con la evolución de la farmacia moderna. Quizás es debido a la concreción práctica de las carreras surgidas más recientemente (Escuelas especiales) su éxito público, muy lamentable por otra parte. Debería encontrarse el término medio entre los planes de enseñanza excesivamente generales, pero que tampoco son una cultura general (Derecho, por ejemplo), y los excesivamente especializados (Escuelas especiales de Ingenieros).

tica en la Enseñanza Media. A exponer sus posibilidades está dedicada la segunda parte de estas notas.

LOS PROBLEMAS DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL SUJETO

Supuesta una profesiografía más o menos satisfactoria, los problemas más graves de la orientación empiezan al querer determinar las aptitudes del sujeto. Si nos hemos pronunciado contra una atomización de los procesos ergológicos en el estudio de las profesiones, más clara debe ser aún esta postura en el caso del sujeto. Sus características, relativamente simples —reacción a un estímulo sensible, memoria visual, mecanización de movimientos, resistencia a la monotonía, etc.—, son de poca importancia. Las superiores son, en cambio, más difíciles de apreciar, no digamos de medir, y están, además, en pleno período formativo durante la adolescencia. Estas afirmaciones no hace falta justificarlas aquí.

Tradicionalmente, para decidir sobre las aptitudes de un joven para una profesión superior se ha atendido a dos, relativamente fáciles de registrar: la inteligencia y la suma de conocimientos adquiridos. Tal discriminación se basa en el supuesto de que para las carreras superiores se precisa una inteligencia desarrollada y que la suma de conocimientos adquiridos se corresponde con el interés del sujeto por aquella rama del saber. Ahora bien, la inteligencia es una facultad compleja que se presenta en formas muy variadas en los individuos y en las profesiones y es a más difícil de dictaminar, y en cuanto al examen de la suma de conocimientos fatalmente se convierte en examen de memoria, y la memoria tiene una importancia muy relativa en la práctica profesional.

Esto no significa que en un plan realista podamos despreciar tales exámenes. El futuro profesional no sólo ha de estar bien dotado para ejercer su profesión; ha de estarlo también para superar los obstáculos de su carrera y los criterios según los cuales se le juzgará en la Universidad, aunque sean muy distintos de los que utilizaran sus clientes o sus superiores. De poco le serviría a un individuo tener buenas aptitudes para ser médico o juez de paz en un pueblo si no es capaz de triunfar en la carrera y en las oposiciones. De todos modos debe arrinconarse, definitivamente, la idea de que la inteligencia abstracta y la memoria mecánica determinan el grado de aptitud para las carreras superiores. Ni las dotes de mando en el ingeniero ni el ojo clínico en el médico se revelaron en un examen de memoria ni de inteligencia.

El examen de aptitudes debe hacerse, por tanto, teniendo en cuenta el esquema psicológico de las profesiones. Y al igual como hemos reconocido antes las deficiencias actuales de la

profesiografía, no podemos ocultar aquí la inexistencia de una técnica satisfactoria para el examen de aptitudes para las profesiones superiores, y hemos de confiarnos al instinto psicológico y a la práctica de la persona encargada de realizar la orientación.

Por otra parte, debe recordarse que ninguna aptitud simple es, en rigor, insustituible, a condición de que exista una decidida voluntad de superarla. No hace falta recordar el caso de Demóstenes, y el de tantos otros. Los gustos y las aficiones del sujeto son, por lo tanto, esenciales en la orientación a las carreras superiores, y no estará de más recordar que estas aficiones están muchas veces, no diré desconocidas por el propio sujeto, pero sí sin advertir su posible conexión con una actividad profesional. Y, a la inversa, puede el sujeto, basándose en sus aficiones, creerse llamado a una profesión engañado por una imagen ilusoria de ésta. En todos estos casos, bien frecuentes, se justifica la intervención del orientador.

Y por encima de los gustos y aficiones están aún las motivaciones morales, por las que la profesión se enlaza con los últimos objetivos de la propia vida. Por sus mayores repercusiones íntimas y su mayor trascendencia social las profesiones superiores pueden poner en juego más directamente los últimos estratos de la personalidad. Cuando un joven ve conjugada la misión de una profesión con su propio ideal de vida —conjunción que, desgraciadamente, muchas veces no se contempla más que en el plano económico—; cuando cree que la forma de servicio del médico o del sacerdote, pongamos por caso, es su forma adecuada de servir a Dios y a los demás, puede hablarse de una auténtica vocación —a condición, naturalmente, de que sea reflexiva, y no alegre y atolondrada—, y la misión del orientador se limita a señalarle las dificultades que habrá de superar.

En resumen: la personalidad psicológica del examinado debe estudiarse más sintética que analíticamente. De esta personalidad total algunos rasgos podemos considerarlos como aptitudes profesionales (sociabilidad, complejos de inferioridad, neurosis, etc.); otros, en cambio —los que tradicionalmente han personificado el carácter (fuerza de voluntad, autodisciplina, constancia, laboriosidad, etc.)—, nos darán la medida en que es capaz de explotar sus propias posibilidades, de realizar su vocación.

ORIENTACIÓN AL COMIENZO DEL BACHILLERATO

No se repara bastante en hasta qué punto el solo hecho de efectuar el ingreso en el Bachillerato implica una elección de graves consecuencias posteriores, en un momento en que la responsabilidad corresponde exclusivamente a los padres y a los maestros del alumno. Iniciar

el Bachillerato significa, generalmente, el compromiso moral de acabarlo y de seguir luego una carrera universitaria. Los casos de abandono son debidos, casi siempre, o a incapacidad intelectual, o a falta de medios económicos, y acarrear, por tanto, la conciencia de un fracaso que gravita desagradablemente sobre la moral de su protagonista. Y, por otra parte, la gran masa de los estudiantes que en nuestro país terminan los estudios secundarios dista de tener todos sus problemas resueltos. Quizás sería muy deseable que el Bachillerato estuviese fraccionado, y desde cada una de sus etapas pudiese derivarse a diversos estudios y profesiones secundarias; pero la realidad es que, hoy por hoy, en España el Bachillerato prácticamente es un todo indiviso y subordinado a una enseñanza superior, y esto no pueden desconocerlo los padres y los orientadores. Por olvidarlo terminan anualmente el Bachillerato una cantidad de alumnos superior a la que las profesiones universitarias pueden absorber, y que forman la masa estudiantil de los que se atascan a la puerta de las Escuelas especiales o que invaden las Universidades sin vocación definida, sólo porque de algo les ha de servir el Bachillerato. Notemos aún que este número, en cualquier provincia no universitaria, es muy superior al de los que pueden costearse el vivir durante una serie de años en una ciudad universitaria (5). Es, por tanto, hora de empezar a pensar seriamente si el Bachillerato está planeado para los que así lo utilizan, y de si no podían haber aprovechado mejor su tiempo (6).

Lo que antecede, más que a incitar posibles innovaciones pedagógicas, está simplemente destinado a llamar la atención sobre la auténtica responsabilidad orientadora que recae sobre los que —padres, maestros, directores de colegios— dirigen los escolares hacia el Bachillerato. En la práctica, la selección atiende, exclusivamente, a unos mínimos conocimientos y a la posición económica de los padres. Existe la obsesión, en la clase media, de que los hijos cursen el Bachillerato, aunque el padre haya tenido que abandonar su carrera de abogado por una tienda de tejidos. La solución, que consistiría en una verdadera selección y orientación en la

(5) Quizás no más del 50 por 100 de los muchachos y el 20 por 100 de las chicas que acaban el Bachillerato en estas condiciones siguen luego una carrera en una ciudad universitaria.

(6) Quizás se objetará que mejor es así, y que por ello tendrán una cultura general de que carecerían si hubiesen pasado su juventud tras el mostrador o en una oficina burocrática. A esto hay que responder que debería existir la forma de dar la cultura general adecuada al futuro vendedor de tejidos, que no fuese la mitad de la preparación para otra cosa. Aparte de que del actual embotellamiento de las facultades nada bueno debe esperarse. Es pronto todavía para decidir hasta qué punto los Institutos Laborales podrán ayudar a resolver este problema.

Escuela Primaria es, por ahora, utópica, y aquí sólo corresponde llamar la atención de los Centros de Enseñanza Media, considerados como Centros de orientación, sobre este grave problema.

ORIENTACIÓN AL FINAL DEL BACHILLERATO

Una de las principales ventajas del estudiante de Bachillerato sobre otros jóvenes estriba en que puede demorar su elección profesional hasta un período más avanzado de su vida y acumular, por tanto, mayores elementos de juicio para fundamentar su decisión. De la escasa medida en que esta ventaja es aprovechada hablábamos al comienzo de estas notas. Es, pues, de una necesidad urgente que el bachiller al final de sus estudios pueda beneficiarse de una orientación profesional adecuada. Una solución podría ser que el joven estudiante acudiese entonces a un Instituto Psicotécnico, para ser allí examinado y aconsejado. Sin embargo, en mi opinión, la solución ideal es que cada Centro de Enseñanza Media esté capacitado para orientar a sus propios alumnos, y ello por varias razones obvias: porque el Instituto Psicotécnico no puede encargarse de toda la población escolar, y, principalmente, porque la Psicotecnia ofrece métodos de examen para conocer a un individuo en unas horas, pero es una redundancia acudir a ellos —si no es como control— cuando disponemos de años enteros para conocerlo en su propio ambiente.

Todo Centro de Enseñanza Media debería, pues, contar con un servicio de orientación capaz de asegurar la orientación profesional de sus alumnos, por medio de una persona encargada de:

Información sobre carreras y profesiones.

Conocimiento de los alumnos.

Formulación del consejo orientador.

De cada uno de estos extremos hablaremos brevemente.

INFORMACIÓN SOBRE CENTROS DE ESTUDIO, CARRERAS Y PROFESIONES

Hemos dicho algo ya sobre la dificultad de poseer profesiogramas suficientes, que la intuición y los conocimientos del orientador deben suplir. Pero con esto no termina su trabajo. Cada carrera, además de sus condiciones objetivas, está afectada por una serie de factores: lugar donde se cursa, plan de estudios, duración, presupuesto de gastos, becas, cargos para los que capacita, oposiciones, posibilidades de empleo, etc., etc., de valor decisivo en la orientación. El orientador debe poseer un fichero, puesto al día, de todos estos datos para su propio trabajo y para divulgarlos entre los estu-

diantes que acaban el Bachillerato. Sólo con esto, y con responder a las consultas de los padres y los alumnos sobre estos temas, su trabajo ya no puede considerarse perdido. En el mismo orden de ideas debemos aplaudir la práctica seguida, por algunos colegios, de dar conferencias por profesionales sobre las diferentes carreras, así como todas las iniciativas de sentido parecido (7).

CONOCIMIENTO DE LOS ALUMNOS

Es éste el punto más delicado de la orientación. De lo que llevamos dicho se desprende ya que defendemos un término medio entre la pura Psicotecnia y la intuición empírica, o, mejor, una conjunción entre ambas. Creemos que alguien con preparación psicológica adecuada debe seguir los pasos del adolescente, con la finalidad concreta de orientarle al terminar el Bachillerato, y esto en ningún modo puede hacerlo mejor que guardando contacto con el propio Centro donde se educa.

El material de trabajo que el orientador debe procurar obtener sobre cada alumno podemos reducirlo a lo siguiente:

- Historia escolar.
- Historia personal.
- Inteligencia, memoria, etc.
- Constitución, temperamento, carácter.
- Aficiones.
- Vocación profesional.
- Ambiente familiar, situación social, económica, etc.
- Deseos de los padres.

Como pauta a seguir para la obtención de estos datos puede tenerse en cuenta lo siguiente:

La *historia escolar* es fácil de conseguir cuando se trabaja en el propio Centro de enseñanza (y muy difícil fuera de él). De esta forma, además, puede ser ilustrada por los mismos profesores, que no dejarán de añadir útiles indicaciones. Estas, añadidas a las calificaciones y al contenido que de una u otra manera mantenga el orientador con los alumnos durante el curso, le suministrarán una primera idea sobre cada uno de ellos.

Entonces puede realizar pruebas de *inteligencia*, utilizando algunos de los "tests" que la Psicotecnia pone a su disposición (el Otis resulta elemental para el último curso del Bachillerato; puede utilizarse el Raven, muy fácil de aplicar, u otros). Al mismo tiempo pue-

(7) Sería deseable que por el Ministerio de Educación Nacional, o por otro organismo adecuado, se publicase una serie de folletos ilustrativos de las distintas carreras y profesiones (plan de estudios, duración de éstos, lugares donde se cursan, coste de los estudios, becas, residencias, perspectivas futuras, etcétera); tales informaciones serían perfectamente acogidas por los padres y educadores, y satisfacerían una auténtica necesidad.

de realizar pruebas para *otras aptitudes* (memoria, inteligencia mecánica, habilidad manual, etcétera), pero sin pretender hacer un examen exhaustivo.

Paralelamente debe estudiar las *aficiones* de sus sujetos. Para ello es bueno disponer de cuestionarios, que, siendo en apariencia de información y conocimientos, ilustran en realidad sobre los temas que despiertan el interés del examinado. A falta de ellos, y si el examinador no cree poder improvisarlos, debe suplirlos por otros medios o, posteriormente, en la conversación privada.

Respecto a los *datos sobre la familia*, si los que posee el Centro no son suficientes, se obtendrán de ésta directamente solicitándolos por carta, indicando el fin al que se destinan, e interesando al mismo tiempo la opinión sobre las posibilidades del muchacho y las esperanzas que su familia cifra en él. Planteadas las cosas en este terreno, la colaboración de la familia con el orientador puede darse por descontada.

La hoja antropológica y clínica, facilitada por el Servicio médico de que todo Centro de enseñanza debe disponer, permitirá conocer la *constitución física* del individuo, así como las contraindicaciones profesionales, si las hubiere.

Esta masa de datos, convenientemente vaciados en una ficha e interpretados, ofrece ya al orientador una primera idea de las posibilidades de sus sujetos. Entonces ha llegado el momento de una conversación particular con cada uno de ellos.

De esta conversación, y eventualmente de las pruebas que con ella pueda realizar, el orientador debe deducir el *temperamento*, el *carácter*, los problemas personales, los ideales, etc., de su interlocutor. Lo más cómodo es centrar esta conversación, que debe ser espontánea y no un interrogatorio, en la *historia personal* del sujeto. Para orientarla pueden tenerse en cuenta los siguientes puntos de referencia:

- Primeros recuerdos.
- Constelación familiar.
- Ambiente escolar y social.
- Relaciones personales.
- Aficiones: deportes, lecturas, cine.
- Reacción ante los problemas sexuales.
- Reacción ante los problemas sociales y religiosos.

Forma de afirmación de su personalidad (rebelión juvenil).

Ideal de vida.

El conjunto de datos obtenidos en esta conversación, si el orientador posee la técnica y la práctica necesarias, pueden ser controlados por algunas pruebas clásicas en caracterología; así, el "test" de Rorschach y el T. A. T. (8).

(8) El esquema que del carácter de su examinado se forme el orientador dependerá de sus propias ideas psicológicas, que aquí no juzgamos. Sin adscribirlo a ninguna escuela determinada, es evidente que como

El tema de la vocación profesional es preferible, en cambio, no abordarlo en esta conversación cuando el orientador no tiene aún una opinión definida, a menos que el propio examinado lo considere resuelto por sí mismo y así lo exponga. Es mejor reservarlo para otra conversación o para una redacción, que harán todos los alumnos, sobre la profesión que querían seguir y las razones que les inducen a ello.

FORMULACIÓN DEL CONSEJO

Lo dicho es suficiente para, en el nivel estrictamente práctico en que nos movemos, permitir un conocimiento de los individuos adecuado para la orientación, sobre todo si, como venimos suponiendo, la persona encargada de ella, por estar en relación frecuente con sus sujetos, puede en cualquier momento comprobar sus deducciones.

Con ellas, y con su conocimiento del mundo y de los hombres, debe decidir su consejo orientador. Aquí ya no se trata de ningún secreto técnico, sino de prudencia y experiencia puestas al servicio de una misión, algo parecido al discernimiento de espíritus y el don de dirección de que se habla en teología moral. El problema se reduce a resolver una ecuación entre las cualidades que exige una profesión, las aptitudes del sujeto, sus gustos, sus posibilidades económicas y las perspectivas que la profesión ofrece. Como es natural, la solución no ha de ser rígida, sino amplia.

Antes de comunicarla al alumno debe procurarse la conformidad de los padres, si es preciso por una conversación razonada. Logrado esto, el orientador se entrevistará otra vez con el alumno en una segunda conversación privada, en la que se abordará francamente el tema de su futuro profesional. En el curso de ella, el orientador insinuará su propia opinión, que puede ser coincidente con la del sujeto. Si no hay acuerdo, o el sujeto no tiene opinión definida, el orientador razonará su propuesta, esforzándose porque llegue a una opinión personal. Cuando el desacuerdo persiste, por mantener el alumno una idea fija y tajante, debe meditarle seriamente, y oponerse sólo en el caso en que las razones contrarias fuesen decisivas. En cualquier caso, es esencial recordar que al orientador compete, no decidir, sino ilustrar y aconsejar, y que no debe procurarse una aceptación pasiva o a regañadientes, sino una decisión libre y consciente. Sólo así podrá tener la fuerza suficiente para superar, a través del

tiempo, todos los obstáculos, que no dejarán de presentársele.

Puestos de acuerdo sobre este punto, corresponde al orientador dar una idea, más precisa de la que tiene el alumno, sobre la profesión elegida, e indicarle los medios de completarla. Y al mismo tiempo ilustrarlo sobre la carrera, sus trámites burocráticos, etc.; ligarlo, en una palabra, a su futuro universitario y hacerle más fáciles sus primeros pasos en él.

Quizás no haga falta decir que el éxito de todo el proceso que hemos reseñado depende, en gran parte, de que el orientador haya sabido ganarse la confianza del alumno. Dado que el joven en esta edad acostumbra a tener graves problemas personales, y siente al mismo tiempo un gran pudor por exhibirlos y una gran necesidad de apoyo íntimo, basta para ganar su confianza proceder con comprensión y delicadeza, evitando el adoptar una actitud crítica basándose en las calificaciones escolares o disciplinarias, o el apoyar sistemáticamente el punto de vista de la familia. No hacerlo sería condenarse a no poder orientar a los que justamente más lo necesitan.

EL ORIENTADOR

Y nos queda aún por decir algo sobre la persona encargada de esta tarea. En las consideraciones que anteceden hemos dejado ya por sentado que consideramos preferible que el orientador esté ligado a la vida del Centro escolar, porque su contacto frecuente con los alumnos hace más fácil su trabajo, y porque sólo así es posible pensar en una solución masiva que alcance a la mayoría de los escolares. A los Centros especializados de Psicología correspondería en cambio, la tarea, no pequeña, de orientar a estos orientadores, proporcionándoles la ayuda técnica necesaria.

Sobre cuál sea, en el Centro escolar, la persona encargada de ello, sólo la práctica, y no el reglamento, puede decidirlo. En principio parece que lo más adecuado sería confiarlo al profesor de Filosofía que lo es, por ello, de Psicología. Pero si éste no se siente llamado a tales menesteres, pues una cosa es la teoría de la Psicología y otra la práctica, puede acudir a otro profesor, o, mejor, a una persona extraña al Centro —psicólogo profesional—, capacitada para esta misión (9). En cualquier caso,

(9) Forzosamente hemos de aludir aquí al hecho de que la Universidad española no prepara actualmente a las personas adecuadas para llevar a cabo esta misión. Cuando la apelación a la Psicología se manifiesta como fenómeno general en los campos más diversos —y la orientación profesional es sólo un ejemplo—, es evidente que la Universidad ha de ponerse en condiciones de facilitar una enseñanza teórica y práctica de la Psicología que capacite para una actividad profesional específica. No hacerlo significaría conde-

datos temperamentales le interesan la forma de reacción psicofísica, la inestabilidad, nerviosidad, apatía, etc.; y respecto al carácter, el grado de introversión —extraversión, la función psíquica dominante, el modo de sociabilidad, etc., y principalmente las características del control voluntario.

esta persona deberá tener un puesto definido en el centro de enseñanza, con un nombre adecuado (orientador profesional, consejero profesional, etc.) y un servicio fijo, al que los padres y los interesados puedan acudir cuando lo deseen. Es evidente que el orientador deberá ser un buen psicólogo, no tanto en el sentido de que sepa mucha psicología racional, ni de que domine lo que acostumbra a entenderse por psicología experimental, sino, en la acepción primaria de que sea un buen conocedor del alma juvenil, cuyas reacciones específicas son tan a menudo desconocidas por los mayores. Deberá ser, en resumen, un psicólogo con algo de médico, bastante de director espiritual y mucho de maestro en la acepción más elevada de la palabra.

ORIENTACIÓN AL COMIENZO DE LA CARRERA

Con la elección de una carrera no terminan, en rigor, las necesidades de la orientación. Todos sabemos que existen muchos estudiantes que, a pesar de haber tomado una decisión, están en rigor desorientados. Así, los que se esfuerzan, inútilmente, por ingresar en una Escuela de Ingenieros, o los que en su primer curso universitario se sientan indiferentes a sus estudios. Puede creerse que si una orientación del tipo que hemos propugnado se llevase a efecto, tales problemas disminuirían. Pero siempre quedarán los errores, los fracasos imprevisibles, las nuevas dificultades, etc. Para ellos, y mientras el estudiante no encuentre su encaje profesional definitivo, la sección de orientación del Centro donde se formó deberá continuar

narse a una invasión, a corto plazo, de aficionados en todos los aspectos de la Psicología aplicada. Cfr. M. Siguán: "Sobre la afición por la psicología y la formación de los psicólogos", *Arbor*, febrero 1953.

siendo el ángel tutelar al que acudir en demanda de consejo y de ayuda (10).

Una faceta distinta y digna, asimismo, de atención es la orientación dentro ya de la carrera. Si nuestras carreras universitarias tuviesen más flexibilidad podría ensayarse la orientación universitaria al estilo anglosajón, encomendando cada nuevo estudiante a un "tutor", encargado de aconsejarle y guiarle hasta la elección definitiva de la especialidad. Como es sabido, esta tendencia ha sido llevada al límite en Norteamérica, permitiendo planear las licenciaturas a la medida de cada estudiante; lo que ha provocado, a su vez, una reacción de signo contrario. Pero dentro de ciertos límites la iniciativa es acertada y merece ser meditada. El que aquí nos movamos exclusivamente en un plano de posibilidades actuales en nuestro país impide extendernos sobre ella.

Es por esta voluntaria limitación a las posibilidades efectivas por lo que querría que estas notas fuesen juzgadas. Si su ambición científica no pasa de elemental, creo, en cambio, que lo que en ellas se propone puede ser inmediatamente aprovechado, y quizá pueda ayudar a los que dentro de su esfera se han sentido preocupados por los problemas aquí aludidos (11).

(10) La continuidad de la relación entre el Centro orientador y sus sujetos debe mantenerse, no sólo en beneficio de éstos, sino del propio Centro. La labor de orientación que hemos esbozado sólo puede apoyarse en una larga práctica y en el contraste cotidiano con la realidad. Sólo siguiendo la historia posterior de cada uno de sus casos puede el orientador descubrir los fallos de su técnica y la forma de corregirlos. Sus fichas no deben terminar, por tanto, con la formulación del consejo, sino continuarse con las incidencias posteriores.

(11) Las páginas que anteceden podrían dar la impresión equivocada de que lo que en ellas se propone es absolutamente inédito. En realidad, en algunos —muy pocos— Centros españoles se siguen prácticas paralelas, cuyos esquemas y resultados sería interesante publicar, aunque sólo sea para excitar el interés de los llamados a imitarlas.